

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Año I

Nº 1

1960

El Sr. Lic. don Santiago Roel, en su libro "Historia de la medicina en México", dedica un capítulo a don José Eleuterio González, que está ya próximo a ser publicado. En el primer capítulo de la "Anatomía Médica", don Hermenegildo Dávila, en su libro "Historia de la medicina en México", dedica un capítulo a don José Eleuterio González, que está ya próximo a ser publicado.

**POR QUE SE VINO A VIVIR A MONTERREY
EL DR. DON JOSE ELEUTERIO GONZALEZ**

CARLOS PÉREZ-MALDONADO

TRES HAN SIDO LAS BIOGRAFÍAS que se han escrito del sabio filántropo Dr. don José Eleuterio González: las dos primeras por uno de sus más queridos discípulos: don Hermenegildo Dávila, y la otra por el Sr. Lic. don Santiago Roel.

La primera edición del Sr. Dávila se publicó en el año de 1869, dedicándola a su maestro, y en su ofrecimiento le decía: "Que si quiera sirvan mis líneas para que otro escriba de una manera brillante sobre la vida de usted, que ciertamente puede servir de modelo al que se proponga ser benéfico, virtuoso, sabio y filósofo; al que se proponga alcanzar por medio de la ciencia, un cariño profundo de sus conciudadanos y un laurel que conserve su nombre". En aquel tiempo don Hermenegildo Dávila no era más que un humilde estudiante del Colegio Civil.

En 1888, poco tiempo después del fallecimiento del Benemérito Doctor, el mismo don Hermenegildo, ya entonces abogado, continuó aquel estudio biográfico de su maestro y en el mismo año dio a la publicidad su obra completa, tan interesante y bien documentada, dedicándola al Sr. Manuel González, hijo del General del mismo nombre.

Por último, en el año de 1938, con motivo del quincuagésimo aniversario de la muerte del Dr. González, el Sr. Dr. don Amado Fernández, acucioso historiador de grata memoria, y el que esto

escribe, lanzaron una iniciativa proponiendo que los restos del Benemérito y su monumento, fueran trasladados al nuevo Hospital Civil "José Eleuterio González" que estaba ya próximo a terminarse en el extremo poniente de la Avenida Madero.

La iniciativa tuvo magnífica aceptación y bien pronto se constituyó una Comisión para que se encargara de la organización de los diversos homenajes que deberían de rendirse a la memoria de tan insigne sabio.

Uno de los acuerdos que se tomaron, fue el de auspiciar la publicación de unos "Apuntes Biográficos" que el referido Sr. Lic. Roel había preparado, debido a que la obra del Lic. Dávila se encontraba completamente agotada desde hacía muchos años.

Todos los datos y relaciones contenidas en estas biografías son de mucho interés e importancia, pues nos dan a conocer en todos sus detalles la vida ejemplar del hombre civil más grande que ha pisado tierra neoleonesa.

En los archivos de mi familia existen documentos muy interesantes: unos pertenecieron al mismo doctor González y otros a su hermano político, el Sr. Lic. don Félix Pérez-Maldonado, Diputado al Congreso de la Unión por el Estado de Jalisco, de 1849 a 1851, y quien posteriormente cambió su residencia a Monterrey. Estos documentos, como he dicho, contienen datos muy interesantes relacionados con la vida y actividades del ilustre Doctor. Además, incidentalmente cayeron en mis manos unos artículos publicados en el año de 1913 en el periódico local *La Ley*, los cuales seguramente se dieron a conocer en ocasión al centenario del nacimiento del Dr. González.

No me ha sido posible hasta ahora saber quién recopiló estos datos que había escrito el ilustre Doctor en 1884, pues la serie de recortes de dicho periódico no está completa y, en consecuencia, falta el final con el nombre del recopilador y comentarista. El único dato que trae es que aquellas notas fueron dedicadas al Dr. don Juan de Dios Treviño.

De estos papeles se deduce que el Benemérito Doctor vino a

Monterrey en fecha anterior al 18 de diciembre de 1833 que es la señalada por sus biógrafos. Además, su accidentada venida no había sido previamente planeada, pues mediaron diversos acontecimientos dignos de relatarse y que puede decirse que son casi desconocidos, pues es la creencia del que esto escribe que solamente fueron publicados en el mencionado periódico, cuya circulación era muy limitada.

Pero veamos lo que el mismo doctor González nos dice en relación a este asunto:

"Estudié latinidad y retórica en el Colegio Seminario de Guadalajara, mi patria, y no queriendo seguir la carrera eclesiástica, dejé el Colegio Seminario y pasé a estudiar filosofía al Instituto Literario, que era la antigua Universidad, y allí mismo seguí estudiando medicina.

"En el mes de enero de 1830 estudiaba fisiología y a la vez era practicante en el Hospital de San Juan de Dios, cuando la Providencia quiso (ella encadena siempre los acontecimientos humanos con amor y suma sabiduría) que llegara a ese lugar, a donde se acogen las humanas dolencias, un joven sacerdote originario de esta ciudad,¹ muy enfermo, víctima de incurable mal. Se llamaba Fray Gabriel María Jiménez, hombre de severísima moralidad, muy inteligente y dado al estudio y a la predicación.

"El Padre Jiménez, Franciscano, estaba destinado a las misiones de California, pero debido a la enfermedad que padecía, no pudo ir al lugar de su destino". Para esto, el Dr. R. Bustamante había dejado al joven estudiante de medicina, un tratamiento por escrito para atender a aquel religioso y, en esta forma, le fue tomando particular estimación y cariño.

"Yo conocí —continúa— la amistad que me había inclinado a él, porque sentía verdadera pesadumbre al considerar que aquel hombre tan bueno y que tan útil podría ser, había de morir dentro de muy poco tiempo.

"El Padre Jiménez había tomado la determinación de cambiarse a San Luis Potosí, creyendo que sería más benigna la tempera-

¹ Se refiere a Monterrey.

tura para sus dolencias. Sólo siento (me decía el Padre) irme sin compañía tal vez a morir sin que nadie me vea; yo me llamaría dichoso si tú te fueras conmigo, pues tú has estudiado bien mi enfermedad, la has visto tratar y has aprendido el método que en mí ha seguido el Doctor Bustamante. Tú, para enseñarme a tener paciencia me has leído el libro de Job, y para alentar mi esperanza los salmos de David; tu me has aliviado mis padecimientos en cuanto has podido. ¿Qué más podría yo desear en la condición en que me encuentro, sino es tener un amigo que me asistiera con caridad y endulzara mis últimos instantes? Mira, en San Luis podrías muy bien seguir tu carrera. Yo tengo allí muy buenos amigos, sobre todo los médicos del Hospital son muy buenos y muy amigos míos; son también los catedráticos; con ellos te recomendaré y te aseguro que conseguiré en aquel hospital un destino con un regular sueldo”.

Ante aquellas súplicas y, dados los sentimientos humanitarios del Doctor González, era imposible negarse a los deseos del religioso. Por otra parte (y esto sí lo relatan sus biógrafos), como residía en la casa de su hermano político que ya he dicho era el Sr. Lic. don Félix Pérez-Maldonado, quien estaba casado con su única hermana mayor, doña Josefa González, y tenían numerosa familia, su extremada delicadeza, al no poder contribuir a los gastos domésticos, fue otro de los motivos que decidieron al joven estudiante de medicina a tomar la resolución de acompañar a Fray Gabriel. Para ésto había consultado previamente con el Prior del Hospital, Fray José Guerrero, quien aprobó la decisión del sabio, y así salieron de Guadalajara el día 29 de Septiembre, llegando a San Luis Potosí el 6 de octubre de 1830. Para entonces nuestro biografiado contaba solamente diecisiete años de edad.

El trayecto que separa la Perla de Occidente de San Luis, lo hicieron a caballo, y ya podemos imaginarnos las penalidades de Fray Gabriel durante aquel largo y pesado viaje, y la solicitud de su compañero para atenderlo en tan precario estado de salud.

Una vez en San Luis Potosí, visitó a los Doctores don Pablo de Cuadriello y a don Pascual Aranda, del Hospital de San Juan de

Dios y, sin tropiezo alguno ni mayores dificultades, continuó el estudio de su carrera, y es fama que se acarreó tales simpatías, que para fines de aquel mismo mes de octubre fue designado Practicante Segundo del referido Hospital, con veinte pesos de sueldo que le fijara el Secretario de Gobierno, don Eusebio Salazar.

Por desgracia los males que aquejaban al Padre Jiménez se recrudecieron en San Luis, pero ésto no era motivo para que él descuidara sus obligaciones ministeriales, principalmente como orador sagrado. Tratando de aliviar en parte sus dolencias, decidió venir a Monterrey a pasar los meses de Diciembre y Enero. El joven González, fiel a su obligación y no queriendo separarse del predicador, logró le dieran una licencia de tres meses, y así fue como llegaron a Monterrey a fines de Noviembre de 1830, permaneciendo en esta ciudad hasta principios de Febrero, pues Fray Gabriel, a pesar de haberse sentido mejor en este clima, se empeñó en ir a predicar la Cuaresma siguiente a San Luis y, por lo mismo, nuestros viajeros llegaron a esta última ciudad, de regreso, el 12 de Febrero de 1831.

Por el mes de Julio de 1833 sobrevino el cólera morbus, y todo el tiempo de la epidemia lo pasaron allá. “El Padre Jiménez se entregó de lleno al cuidado de los coléricos, diciendo que los que estaban buenos exponían más que él al atender a los apestados; “ellos exponen —decía— la salud y la vida, mientras que yo sólo la vida, pues la salud no la tengo”. Era de verlo montado en la burra que le daba la leche con que se alimentaba, recorriendo las calles de San Luis y lugares circunvecinos. Tanta abnegación y caridad las respetó la enfermedad”.

“Ya que Dios no quiso que muriera del cólera —decía— claro es que quiere que yo muera de consunción. Me voy a Monterrey; es el temperamento que más me conviene; yo no quería ir a morir allá para ahorrarle a mi pobre madre el disgusto de verme morir, pero bien pensado ésto, considero que más pena le daría que yo muriera lejos de ella, y que yendo allá le quedará el consuelo de haberme dado los últimos cuidados, e ir cuando ella quiera encomendarme a Dios sobre mi mismo sepulcro. Conque, hazme este

último servicio —le decía a su compañero— ya que me has servido tanto: acompáñame a Monterrey para que allá entierres mis huesos”.

Y en esta forma emprendieron de nuevo el viaje a nuestra ciudad, llegando el día 12 de Noviembre de 1833. El comentarista refiere “que la noche de ese día acaeció el curioso fenómeno atmosférico, o meteoro luminoso llamado ‘lluvia de estrellas’, pero en tan grande abundancia como no se había visto cosa igual. Llamó la atención a todos, ignorantes y entendidos, y suscitó los más curiosos comentarios”.

Fray Gabriel había traído cartas de algunos religiosos de San Luis Potosí, recomendando al joven González, dirigidas al Sr. Obispo de esta Diócesis, Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. don Fray José María de Jesús Belaunzarán y Ureña, y en una visita que hizo este ilustre prelado al Padre Jiménez, le dijo: “Dígame Vuestra Paternidad, ¿este es el niño médico de quien tanto me hablan en sus cartas Fray Matías Gómez y Fray Cayetano Salazar?”. “Sí, Ilustrísimo Señor” —le contestó el Padre—. “Mucho me alegro —dijo el prelado— de que se hayan venido entre nosotros, yo haré por usted cuanto pueda y espero en Dios que se ha de hallar bien en Monterrey”.

Para entonces el humanitario y caritativo joven no traía más título que el certificado que le extendió el Profesor en Cirugía, don Pablo de Cuadriello, Director del Hospital Nacional de San Luis Potosí, en el cual hacía constar que había practicado cirugía por diez y siete meses bajo su dirección en aquel hospital, “en cuyo tiempo desempeñó con exactitud y aprovechamiento todos los oficios que se le encomendaron”. Este certificado tiene fecha 10. de Noviembre de 1833.

El recopilador y comentarista de los rasgos biográficos que vengo apuntando, refiere que a los pocos días de haber llegado el joven González a Monterrey, fue a visitar el Hospital de Nuestra Señora del Rosario, y que ya no encontró al médico guineo que hallara en su primera estancia en esta ciudad. “Ya el negrito Reyes —así le llamaban— había sido sustituido por un boticario de

nombre Ignacio Zendejas, de Guanajuato. Empezó desde luego a practicar la medicina y cirugía, siendo el primer caso que se le presentó, la amputación de una mano, determinación tomada en contra del dictamen del boticario Zendejas, pero el éxito dio la razón al joven cirujano, y al infeliz paciente le salvó la vida”.

El 10. de Mayo de 1834, por disposición del Señor Obispo Belaunzarán, nuestro biografiado quedó encargado de la dirección del referido hospital.

“Entre tanto nuestro Padre Jiménez se desmejoraba cada día —sigue diciendo el Doctor— y, sin embargo, todavía así predicó la cuaresma de 1834. El último sermón que predicó fue el de San Juan Nepomuceno, en la fiesta que le hacía el Lic. Juan Arizpe”.

“Llegó el 28 de Febrero de 1835: comprendió que le llegaba su última hora: la veía llegar con toda tranquilidad y toda calma: hablaba de ella como de un paseo que fuera a dar por su gusto; hizo le cantaran el Credo y, a los pocos momentos después murió. El primero de Marzo amaneció tendido y al día siguiente me fui a vivir al Hospital”.

“Tal fue el hombre que trajo al sabio filántropo —dice nuestro comentarista— tal fue el instrumento de que Dios se valió para traer aquí a un hombre que tanto había de contribuir para el bien de esta porción de nuestra querida Patria. Al Doctor González, pues, lo trajo la amistad; lo arrastró la compasión, y preso lo tenía la ternura de esos dos corazones que tan bien se entendieron y unieron”.

Estas fueron las causas que determinaron la venida del sabio a Monterrey, y ahora veamos los verdaderos motivos por los cuales decidió quedarse aquí y que él mismo nos lo dice: “Desde que yo vine a Monterrey compré una Constitución para estudiarla. Yo ya había visto la Constitución de Jalisco, la de San Luis, la General de la Nación dada en el año de 1824, y la de la Monarquía Española publicada en 1812...” “En Nuevo León —me decía yo— el que no es patriota, el embustero, el injusto y el egoísta, pueden ser acusados y perseguidos por infractores a la Constitución. Además, aquí puede uno aprender y enseñar cuanto quiera,

sin más restricción que la de que lo que se aprende o enseña sea cosa honesta; este país es, pues, un verdadero paraíso”.

Por lo tanto, lo que retuvo al Benemérito en esta tierra, fue una sabia legislación.

Los demás aspectos de la luminosa vida del Dr. don José Eleuterio González como historiador, humanitario, educador y filántropo son ya conocidos y están muy bien descritos en las biografías citadas al principio, y termino con las frases que dijera don Guillermo Prieto al referirse a nuestro Benemérito: “Es un lumínar para la ciencia, para la juventud un tesoro, para la humanidad doliente un tierno y generoso consuelo, y para Monterrey un justo título de orgullo”.

VOCABLOS DE LA LENGUA QUINIGUA DE LOS INDIOS BORRADOS DEL NORESTE DE MEXICO

A la memoria de mi padre.

EUGENIO DEL HOYO

I. JUSTIFICACIÓN

EN EL CURSO DE UNA INVESTIGACIÓN realizada en el Archivo Municipal de la ciudad de Monterrey en busca de documentos sobre encomiendas y esclavitud de indios en el Nuevo Reino de León, tuve oportunidad de recoger una gran cantidad de vocablos —no menos de tres mil— de las lenguas habladas por las bandas nómadas del noreste de México. Todas estas lenguas se habían extinguido ya a fines del siglo XVIII y no queda de ellas más rastro que las palabras por mí recogidas en documentos de los siglos XVII y XVIII. Se trata, pues, de lenguas verdaderamente “muertas”. En algunos de esos documentos tuve la fortuna de encontrar la traducción a nuestra lengua española de algunos de esos vocablos. Frente a esta riqueza de material lingüístico, en su mayor parte inédito, no pude menos que sentirme emocionado y, lo confieso, no pude tampoco resistir la tentación de organizarlo e intentar su análisis. Confieso también que enfrentarme con semejante problema, ha sido un acto temerario, ignorando, como ignoro, los principios elementales de la lingüística; por eso, si se me pregunta cual fue el método que seguí, tendré que responder, no sin cierta vergüenza, que el método lo fuí inventando a lo largo del trabajo;